

tro, y visitó en Pérgamo a Edesio, cuya escuela arrojaba sumo esplendor.

Edesio, jefe del neoplatonismo, cuyo fundador había sido Plotino, y discípulo y sucesor de Yámblico, era un anciano cuyo entendimiento vigoroso se elevaba hasta el cielo, a medida que su cuerpo se inclinaba hacia la tierra. Juliano quería adquirir toda su ciencia mas el anciano le dijo: «Amable pretendiente de la sabiduría, mi cuerpo es un edificio ruinoso, próximo a desplomarse: preguntad a mis hijos. (25)»

Estos que Edesio llamaba sus hijos eran sus discípulos Máximo, Prisco, Eusebio y Crisanto: Juliano se dirigió primero a los dos últimos. Eusebio no daba crédito a la teurgia, y hablaba a Juliano contra los que operaban prodigios: Contóte que Máximo había hecho sonreír en su presencia por medio de un grano de incienso purificado, y de un himno cantado en voz baja, a la estatua de la diosa del templo de Hecate, y que las antorchas se habían encendido por sí mismas (26). Arrabatao Juliano en el acto por la curiosidad, no quiso escuchar ya los ratiocinios de Eusebio, y se apresuró a ir a buscar a Máximo a Efeso.

Máximo, de una edad que frisaba en la vejez llevaba una larga barba blanca: su elocuencia era atractiva, y el sonido de su voz se hermanaba tanto con la expresión de sus miradas, que no era posible resistir a su prestigio (27). Apremiado por Juliano mandó llamar a Crisanto, y ambos le instruyeron. Máximo condujo al joven príncipe al subterráneo de un templo; después de las evocaciones oyóse un grande estruendo, y aparecieron varios espectros de fuego. Juliano sobrecogido de terror hizo involuntariamente y por costumbre la señal de la cruz, y las sombras se desvanecieron. Juliano no pudo entonces dejar de admirar el poder del signo de los cristianos, y el filósofo le dijo con voz severa: «¿Creeis haber intimidado a los dioses? se han retirado por que no quieren tener relación alguna con profanos como vos. (28)»

Ignórase lo restante de aquella iniciación; pero aseguran que Máximo predijo el imperio a Juliano, si juraba abolir el Cristianismo y restablecer el antiguo culto.

Ademas, por densas que fuesen las nubes con que el neoplatonismo rodeaba su doctrina, sabemos que admitía potencias subordinadas, con las que se comerciaba por medio de la ciencia de la cábala. Como los filósofos no podían justificar las locuras del politeísmo tomado en el sentido absoluto, componían un sistema de alegorías en las que encerraban las verdades de la física, de la moral y de la teología. Admitían un Dios.—Principio, cuyos atributos se convertían en divinidades inferiores.—Los astros, la tierra, el mar, los reinos, las ciudades, las casas, lo mismo que las virtudes y las artes tenían sus genios: los que al propio tiempo se ruborizaban y gloriaban de las antiguas supersticiones, recargaban así la imaginación inventando para justificarlas un sistema digno de ellas.

Subsistía en el fondo la antigua doctrina platónica llenando el intervalo inconmensurable que separa al hombre de Dios, seres que eran mas ó menos sublimes a medida que se hallaban mas próximos a Dios ó al hombre: nuestra alma, según los grados de su virtud, se remontaba por esa dilatada cadena de héroes, genios y dioses, é iba a abismarse en el seno del Ser Supremo, hermosura, verdad, soberano bien, ciencia completa.

Mas atraído por los misterios que saciado de secretos, Juliano fue a buscar al fondo de la Grecia un anciano, sacerdote de Eleusis, que tenía fama de no ignorar cosa alguna. Si damos fe a Ennapo, única autoridad de esta narración, Juliano en el acto de su rompimiento con Constancio, llamó al referido sacerdote a las Galias, y le participó su proyecto, que no había revelado mas que a Oribases su médico, y a Evemero su bibliotecario.

Juliano se hallaba versado en la teurgia y en ambas adivinaciones: sus creencias se componían de una mezcla de neoplatonismo, y de algunos recuerdos de su primera educación cristiana, envuelto el todo en el helenismo y en la mitología homérica. El neoplatonismo unía a la doctrina de Platon ideas tomadas de las escuelas pitagórica, estoica y peripatética. En virtud de la ley de la metempsicosis, pensaba Juliano haber heredado el alma de Alejandro: superstición natural en el valor, el ingenio y la gloria.

Libanio compara la verdad entrando de nuevo en el espíritu de Juliano, purificada del Cristianismo, a la estatua de los dioses vuelta a colocar en el templo en otro tiempo profanado. Según el mismo Libanio, las divinidades amigas despertaban al discípulo imperial, tocando suavemente sus manos y sus cabellos (29); distinguía la voz de Júpiter de la de Minerva, y no se engañaba en la figura de Hércules y de Apolo: platónico en el espíritu, estoico en el carácter, cínico en algunas costumbres exteriores, Juliano oraba y ayunaba en honor de Isis, de Pan ó de Hecate, del mismo modo que los Padres del desierto, sus contemporáneos, ayunaban y oraban en los días de vigilia y de abstinencia. Si en aquella época afectaba la filosofía austeridad y pretendía obrar prodigios, es porque se veía obligada a oponer alguna cosa a las virtudes y maravillas de los cristianos.

En efecto, poco tiempo después del reinado de Juliano se promovió una persecución contra los hombres acusados de magia, y esta magia no era sino la reacción y el contrapunto de los milagros. El Cristianismo había obligado al helenismo a recurrir a la imitación para conservar su poderío. La ceremonia del tanréobolo ó del crióbolo que remontaba por su principio a la mas remota antigüedad, se había convertido en una simple parodia del bautismo. En la orilla de una zanja cubierta con una piedra horadada, el sacrificador degollaba un toro ó un becerro; la sangre de la víctima caía por los agujeros sobre el prosélito, colocado en el fondo de la zanja, y las manchas de aquel pecador quedaban lavadas, al menos por veinte años. Los filósofos eran los solitarios de la religión de Júpiter, y como los ermitaños del Cristianismo, atribuíanse un poder sobrenatural. Plotino evocaba con la ayuda de un egipcio a su propio demonio; cuando murió salió un dragon de debajo de su lecho y atravesó una pared. Yámblico se elevaba por el aire, y su cuerpo parecía resplandeciente; con el sonido de una palabra hizo un día que saliesen del fondo de un baño Ero y Antero, genios del amor. Edesio obligaba a los dioses a descender del Olimpo, y recibía de ellos oráculos en versos exámetros (30). Acabamos de ver las farsas de Máximo y de Crisanto; pues Simon el Mago y Apolonio de Tiane habian tenido las mismas pretensiones a la virtud teurgica. Celso había opuesto a los milagros de Jesucristo los prodigios de Esculapio, de Apolo, de Aristes y de Abaris. Los filósofos afectaban tanta semejanza con los ascéticos; que Juliano en un momento de enfado contra los cínicos, los compara a los monges galileos (31): pronto veremos a este príncipe procurando ordenar la policía de los templos con arreglo a la disciplina de las Iglesias. Finalmente, los idólatras reformados habian colocado una Trinidad a la cabeza de sus dioses; porque el paganismo, vencido en todas partes, se veía obligado, por decirlo así, a hacerse cristiano.

Sin embargo, en esta trasfusión de la sangre social, en realización de la revolución mas grande de la inteligencia, debemos observar tambien para ser justos y sinceros, la parte que el Cristianismo podía haber admitido de la filosofía y del paganismo.

¿El Cristianismo recibió de la filosofía los dogmas de la Trinidad, del Logos ó del Verbo?

Tuve ya ocasion de tratar en otra parte de esta cuestión: observé (32) que los Egipcios pudieron muy

bien haber conocido la Trinidad, como lo probaba la inscripción griega del grande obelisco del circo mayor de Roma: cité un oráculo de Serapis, referido por Heráclidas del Ponto y Porfirio (33), cuyo oráculo manifiesta esplicitamente el dogma de la Trinidad (34).

Los Magos tenían una especie de Trinidad en su Metris, Oromasis y Arimanis, ó Mitra, Oromas y Arimanes. Platon parece indicar la Trinidad en el Timeo, el Epinomes; y en una carta a Dionisio el Joven, cita el Verbo del modo mas claro. Según su doctrina, el Verbo Divino ha ordenado el Universo y le ha hecho visible (35): Platon habia tomado el dogma de la Trinidad de Timeo de Locros, que lo aprendió en la escuela itálica. Los Pitagóricos confesaban la excelencia del Ternario: el Tres no es producido y produce todas las demás fracciones, por lo que tenía en la escuela pitagórica la calificación de número sin madre. Los Estoicos profesaban la misma teología, como lo atestigua Tertuliano, citando a Zenon y a Cleanto (36).

En las Indias y en el Tibet propiamente dicho, los Libros sagrados mencionan el Verbo y la Trinidad. Por último, los misioneros ingleses creen haber encontrado la Trinidad hasta en la religión de los salvajes de Otaiti (37).

Los primeros padres de la Iglesia, salidos casi todos de la escuela platónica, han confesado que su antiguo maestro se había aproximado algunas veces a la doctrina pura; así se encuentra en Orígenes, en Tertuliano, en San Justino, en Atanasio (38) y en San Agustin. Este último refiere que habiendo leído los tratados de los Platónicos, descubrió en ellos las verdades de la fe relativas al Verbo de Dios, tales como se anuncian en el primer capítulo del Evangelio de San Juan. Observa que habiendo oído hablar del Cristianismo, muchos platónicos convinieron en que el Mesías era el Hombre Dios, y en que la verdad permanente, la inmutable sabiduría se había encarnado (39). Platon habia declarado que si el Justo venia a la tierra seria desconocido y crucificado. Hábiase esparcido desde la Persia hasta el fondo de Occidente, una tradición confusa de las encarnaciones del Dios indio.

Constantino en la arenga que he citado, señaló a Platon como el primer filósofo que atrajo los hombres a la contemplación de las cosas divinas (40).

Muy natural es que un hombre del talento de Platon se acercase a la verdad revelada, por la fuerza de su penetración: las verdades de la inteligencia, como todas las otras verdades, nos son mas ó menos accesibles según la mayor ó menor superioridad de nuestro entendimiento. Pero la filosofía de Platon se hallaba envuelta en tanta oscuridad, en tantas contradicciones y errores, que es difícil deducir de ella el sistema de los cristianos. Después Aristóbulo, José, S. Justino, Orígenes y Eusebio de Cesárea (41), anunciaron y probaron que Platon habia tenido conocimiento de los libros hebreos, y, que en ellos habia bebido esa parte de su filosofía que tan poco se asemeja a la que le pertenece como propia, ó por mejor decir a Pitágoras, los ejemplares de las ideas y de la armonía de las esferas.

Pero ninguna inducción razonable puede inferirse de las doctrinas que han corrido después del advenimiento de Cristo: el neoplatonismo en vez de haber dado a los cristianos la Trinidad, se la hubiera antes arrebatado, y Plotino y Porfirio recompusieron su sistema confuso del Ternario por el sistema positivo y claro de la nueva religión. Entonces apareció el dogma trinitario de los paganos mas esplicitamente enunciado, los tres dioses, los tres entendimientos, los tres reyes reunidos en la unidad demiúrgica. Los filósofos admiraban mucho las primeras palabras del Evangelio según San Juan: *En el principio era el*

Verbo, y el Verbo era en Dios, y el Verbo era Dios: Decían que era necesario escribirlas en letras de oro en la fachada de los templos (42): San Basilio (43) asegura que habian llegado al extremo de apoderarse de las tales palabras, é insertarlas en sus obras cual si les perteneciesen. Eusebio de Cesárea, Teodoro y San Cirilo de Alejandría acusaron y convencieron a Amelio, discípulo de Plotino, de ser un plagiario del Evangelio de San Juan, de este apóstol a quien Amelio llama desdeñosamente bárbaro (44). Teodoro compara los Neoplatónicos, imitadores de los fieles (y en particular a Porfirio), a las monjas y a la corteja de Esopo (45).

Solo puedo indicaros en los presentes estudios los asuntos que exigen un desarrollo considerable. Conviendría examinar si antes del Cristianismo revelado, existió ó no un Cristianismo oscuro, universal, esparcido por todas las religiones y todos los sistemas filosóficos de la tierra; sino se encuentra por do quiera una idea confusa de la Trinidad, del Verbo, de la Encarnación, de la Redención, de la caída primitiva del hombre; si el Cristianismo hizo ó no salir del fondo del santuario las doctrinas misteriosas que no se trasmitian sino por la iniciación; si llevando en sí su propia luz, no recogió todas las luces que podían unirse a su esencia, y si fue ó no una especie de eclecticismo superior, una elección exquisita de las verdades mas puras.

Hace tiempo ya que se ha inquirido el grado de influencia que pudo ejercer la filosofía sobre la doctrina de los padres de la Iglesia: por una parte se ha sostenido que trasformaron el Cristianismo moral de los apóstoles en el Cristianismo metafísico del concilio de Nicea; y por otra se ha combatido este aserto (46).

Los que querían defender a los Padres acusados de platonismo, hubieran podido valerse de la autoridad misma de Juliano, que pretende probar la falsedad del sistema de los cristianos, oponiéndoles el del jefe de la Academia: y en un pasaje, cuyo estilo abunda en belleza y en pensamientos elevados, compara la creación referida por Moisés a la creación tal cual la supone Platon. El dios de Moisés, dice, no he creado, ó por mejor decir no ha *coordinado* sino la naturaleza material, el *mundo de los cuerpos*; no habia poder alguno que engendrara la naturaleza espiritual, el mundo animado, mientras que el dios de Platon da a luz primero los seres inteligentes, las Potencias, los Angeles, los Genios, los cuales crean en seguida por delegación del Dios Supremo, las formas ó la naturaleza visible que los representan, los Cielos, el Sol y las Esferas, que son los vestidos ó las imágenes de las Potencias, de los Angeles y de los Genios.

El principio esencial del alma, es uno de los misterios en que mas tarde nos hemos fijado; los Padres vacilan y presentan diferentes opiniones, y en los siglos IX, X y XI el campo de las discusiones permanecia abierto, aun sobre este punto a los escritores eclesiásticos.

Todo esto en nada perjudica a la cuestión fundamental; aun cuando fuese posible probar que se conocieron mas ó menos las doctrinas del Cristianismo antes de su era, nada podria perder con esta prueba. Lo he dicho ya, los entendimientos vigorosos pudieron descubrir las verdades radicales, antes de que el género humano hubiese adquirido estas mismas verdades por medio de una revelación directa. Lejos de destruir la fe, este seria un nuevo y prodigioso argumento en su favor, porque entonces quedaria demostrado que es conforme a la religión natural de las inteligencias mas elevadas.

Tales son las relaciones que existían entre la filosofía y el Cristianismo. En cuanto al paganismo, la religión cristiana tomó de él algunas fórmulas aplicables a todas las religiones, algunos ritos, algunas preces, cierta pompa, que solo necesitaban mudar de

objeto para ser verdaderamente santa: el incienso, las flores, los vasos de oro y de plata, las lámparas, las coronas, las luces, el lino, la seda, los cantos, las procesiones, las épocas de ciertas fiestas, pasaron de las aras vencidas al altar triunfante. El paganismo intentó robar al Cristianismo sus dogmas y su moral; el Cristianismo arrebató al Paganismo sus ornamentos: el primero era incapaz de conservar lo que había robado, y el segundo santificaba lo que había tomado.

La apostasía del primo de Constancio, que al pronto se ocultó cuidadosamente á la muchedumbre, llegó á noticia de un reducido número de filósofos y sacerdotes que aguardaban la rehabilitación de los días antiguos, cual hombres que, extraños al mundo en que viven, sueñan entre nosotros la vuelta imposible de lo pasado. Sin embargo, no pudo guardarse tanto el secreto de la mudanza de Juliano, que no traspasase en parte fuera del palacio. Aun en el día se conserva una carta de Galo del año de 351 ó 352, en la que el César menciona las noticias que corrían en Antioquia. «Suponian escribía á Juliano que se hallaba entonces en Jónia, que habíais abandonado la religión de nuestros antepasados y abrazado el helenismo; mas no he tardado en desengañarme. Decio me ha dicho que estáis por el contrario lleno de celo construyendo oratorios, y que os agradaba estar en las tumbas de los mártires.» Galo llama al Cristianismo la religión de sus antepasados, y San Gregorio de Nazianceno le da el nombre de religión antigua. ¡Cuán mudado estaba el mundo romano! ¡Cuán rápida había sido la conquista del Evangelio!

Pero si el Cristianismo había hecho tantos progresos exteriores, no era menos admirable el desarrollo de su poder interior. Ya podía reconocerse su carácter universal, no solamente en el sentido de su difusión por los pueblos, sino también el de su armonía con las diferentes facultades del hombre: Ved al Cristianismo explicando en el mas hermoso lenguaje las ideas mas sublimes, no obstante que lo predicaron entendimientos obtusos, artesanos groseros sin educación y sin letras. ¿Cómo había podido producir Pedro el pescador á Gregorio el poeta, á Basilio el filósofo y á Juan boca de oro, el orador? Porque Jesús el Cristo estaba detrás de Pedro el apóstol, y el Verbo increado contenía la virtud de la palabra humana: Hijo de Dios, manantial de todas las luces y de todos los bienes, distribúalos á sus servidores en proporción de las necesidades sucesivas de la sociedad, dando oportunamente la sencillez ó la elocuencia, la fuerza de las costumbres ó la claridad del entendimiento. De esa cruz tan tosca, de ese leño que no ofreció por el pronto á la adoración del Universo sino un patíbulo y un sentenciado, fluyeron gradualmente las perfecciones de la esencia divina.

Juliano, encumbrado al imperio, publicó un edicto de tolerancia universal. Los obispos y los sacerdotes, á cualquiera comunión que perteneciesen, ora fuesen Arrianos, Donatistas, Novacianos, Ennomianos, Macedonios ó Católicos, fueron igualmente protegidos por el que los miraba á todos con menosprecio, y esperaba debilitarlos dividiéndolos. No obstante, hace observar él mismo, que llamó á los obispos desterrados, á sus hogares y no á sus sedes: reunía á los gefes de las sectas, y cuando se encolerizaban les gritaba: «¡Escuchadme! que los Francos y los Alemanes me han prestado atención (47).» En sus cartas recomienda la moderación para con los cristianos, y solo haciendo gestos conserva la imparcialidad filosófica: su odio se trasluce al través de una afectada tolerancia, y le arranca palabras sangrientas.

Juliano exceptuó de su amnistía á Atanasio por una preferencia merecida. «Sería peligroso, dice el apóstata en su carta á los habitantes de Alejandría, dejar á la cabeza del pueblo un intrigante; no un hombre, sino un aborto sin valor, que se tiene en tanto mas

precio cuanto mayores son los peligros que acumula sobre su cabeza» (48). Y en una carta á Ecdicio, prefecto de Egipto, añade Juliano: «Los dioses son menospreciados: expulsad al malvado Atanasio; ha osado en mi reinado conferir el bautismo á unas mujeres griegas de ilustre cuna» (49).

Eunapo no nos deja duda alguna sobre la sinceridad religiosa de Juliano; basta por lo demás leer los fragmentos que nos quedan de las obras de este emperador, tan original en clase de hombre como extraordinario en clase de príncipe, para convencernos de que era pagano de buena fe. Había adquirido en las iniciaciones y en las sociedades secretas tal grado de entusiasmo que llegaba al extremo de interpretar los sueños y creer en las apariciones.

A la salida y á la puesta del sol inmolaba una víctima á Apolo; su divinidad favorita; creía en la Trinidad de los Platónicos, y el sol era á sus ojos el Logos, el Hijo del Padre soberano, el Verbo ardiente que trasmite la vida al universo. Por la noche honraba Juliano á la luna y á las estrellas, con las que se unen las almas de los héroes. En las grandes solemnidades complaciase en representar el papel de sacrificador y de arúspice.

«No deja de ser un hermoso espectáculo, ver al emperador de los Romanos hendir la leña, degollar las víctimas, consultar sus entrañas, soplar el fuego de los altares en presencia de algunas viejas, con los carrillos hinchados, provocando la risa de los mismos, cuyos elogios deseaba excitar!» En las fiestas de Venus, marchaba entre dos tropas de gentes prostituidas de uno y otro sexo, afectando gravedad en medio de las carcajadas de la disolución, levantando los hombros, llevando delante su puntiaguda barba, y alargando sus menudos pasos para imitar la marcha de un gigante. San Crisóstomo (50) duda que la posteridad quiera dar crédito á su narración, y conjura para que atestigüen la verdad de sus palabras á los ancianos que le escuchaban, y que podían haber sido testigos de tanta indignidad.

El emperador hacia todas estas cosas en clase de soberano pontífice, dignidad que entre los Romanos iba unida á la soberanía política. Dejaba exhausto el erario con los gastos de un culto que no era posible restablecer: ofrecía en holocausto aves raras, y algunas veces veíanse acumulados junto al ara de un solo altar cien toros en un mismo día. Los pueblos decían que si volvía vencedor de los Persas, destruiría la raza de los toros. Pareciase en esto, según la observación de Ammiano-Marcelino, al César Marco, á quien los toros blancos habían escrito este billete: «Los toros blancos al César Marco, salud: Hemos concluido si triunfais» (51).

Juliano prodigaba magníficos presentes á los santuarios célebres, de Dodona, Delfos y Delos; y cuando llegó á Antioquia, su primer cuidado fue ofrecer sacrificios en la cima del monte Casio. Supo con santo regocijo que el gobernador de Egipto había encontrado el buey Apis: mandó limpiar en Dafne la fuente Castalia; pero al visitar aquel sitio tan célebre por su belleza, tuvo un gran motivo de dolor, porque el bosque de laureles y de cipreses se había convertido en un cementerio cristiano, donde Galo había depositado el cuerpo de San Babilas. «Figurábame de antemano, dijo Juliano, una pompa magnífica: no imaginaba sino víctimas, libaciones, perfumes y coros de hermosos niños, cuya alma fuese tan pura como blanco su vestido. Entró en el templo y no encuentro incienso, tortas, ni víctimas.... Me dirijo al sacerdote y le pregunto qué sacrificará la ciudad á los dioses en aquella fiesta solemne.—Aquí hay un ganso que he traído de mi casa, me responde» (52).

Reparáronse los templos destruidos por el tiempo ó por los cristianos: Juliano fue el Lutero pagano de su siglo que emprendió la reforma de la idolatría, to-

mando por modelo la disciplina de los cristianos. Llenándole de admiración la fraternidad evangélica, deseaba que los paganos se uniesen así desde el uno al otro extremo de la tierra; quería que los sacerdotes del helenismo tuviesen la virtud de los sacerdotes de la cruz; que fuesen como estos, irreprochables, y que á imitación suya predicasen la piedad, caridad y la hospitalidad. Ordenó preces graves y regulares en horas fijas, cantadas por dos coros en los templos, y finalmente proponíase fundar monasterios de hombres y de mujeres, y hospitales.

«¿No debemos avergonzarnos acaso de que los Galileos, esos impíos, después de haber alimentado á sus pobres, alimenten también á los nuestros á quienes dejamos en completa miseria?» (53). San Gregorio Nazianceno observa que aquellos imitadores de los cristianos no podían apoyarse en el ejemplo de sus dioses, y que había contradicción entre su moral y su fe.

El mismo celo que manifestaba Juliano por el paganismo, tenía por la filosofía, y amaba á un retórico con la misma ternura que á un augur. Cuando se verificó su rompimiento con Constancia, habíase lisonjeado de que Máximo correría á las Galias. Regresaba de su última expedición al otro lado del Rhin, y en todas partes preguntaba al pasar si había llegado algún filósofo: descubrió de lejos á un cinico, y tomándole por Máximo se dejó llevar de la alegría; mas era otro filósofo amigo de Juliano (54). ¿No parece que se está viendo á un emperador humillando su púrpura ante un anacoreta, ó un caballero cruzado besando la manga de Pedro el ermitaño?

Pero Juliano no fue mas afortunado con los filósofos que con los sacerdotes, porque se corrompieron en su corte. Máximo y algunos otros sofistas adquirieron fortunas escandalosas, y desmintieron con sus costumbres la rigidez de sus doctrinas: Crisanto, Libanio y Aristómenes fueron los únicos que se conservaron en una reserva laudable. Juliano había tenido á San Basilio por discípulo en Atenas, y procuró atraerle á su lado; mas el filósofo cristiano desechó desde su soledad la amistad del filósofo pagano en el trono.

«Luego, dice San Crisóstomo (toscamente traducido por Tillemont), luego que Juliano publicó su edicto restableciendo la idolatría, vióse correr de todas las partes del mundo á los magos, á los encantadores, á los adivinos, á los augures y á cuantos traficaban con la impostura y la ilusión; de suerte que el palacio entero estaba lleno de gentes sin honor y de vagamundos. Los que hacia tanto tiempo se veían reducidos á la última miseria; los que por sus hechicerías y maleficios se habían consumido en las cárceles y en las minas; los que arrastraban á duras penas una vida miserable en los empleos mas humildes y vergonzosos, todos estos, encumbrados á sacerdotes y á pontífices, hallábanse en un instante colmados de honores. El emperador no haciendo caso de los generales ni de los magistrados, y no dignándose siquiera hablarles, llevaba consigo por la ciudad á los jóvenes perdidos en los desórdenes, y á las cortesanas que acababan de salir de los lugares infames de su prostitución. El caballo del emperador y sus guardias le seguían á larga distancia, mientras que esta tropa infame rodeaba su persona y se presentaba en la primera fila de honor, en medio de las plazas públicas, diciendo y haciendo cuanto puede esperarse de gente de su ralea.»

La apostasía condujo á Juliano al fanatismo, y de este á la persecución; porque cuando el hombre ha cometido una falta que supone irreparable, el orgullo le hace buscar un abrigo en la falta misma. Juliano intentó dos cosas difíciles; enardecer el celo de los idólatras hacia un culto que había perdido su prestigio, y provocar las apostasías entre los cristianos. Estimulador de la avaricia y de la debilidad, ofrecía

oro y honor á la apostasía, pero se estrelló contra la fe fervorosa y contra la fe tibia. El mismo se queja de no encontrar á casi ninguna persona dispuesta á ofrecer sacrificios; confiesa que el discurso helénico que dirigió al Senado cristiano de Berea, elegiado en la forma, no obtuvo suceso alguno en el fondo, y reconviene á los habitantes de Alejandría por haber abandonado á los dioses de Alejandro por un Verbo que ni ellos ni sus padres habían visto nunca (55, Crisanto usó de moderación con los cristianos, adivinando que su culto no tardaría en triunfar. El mundo antiguo y el moderno rechazaron á Juliano; el primero en su decrepitud, hubiera procurado en vano enderezarse como un joven; el segundo adolescente vigoroso, no pudo encorvarse como un viejo.

La misión del César apóstol con los soldados tuvo la suerte que debía esperar en los campamentos: ordenó á los oficiales que dejasen la fe ó la espada, y Valentiniano abandonó la postrera, que le dejó la libre diestra para tomar la corona. En cuanto á las legiones, las de Occidente, compuestas de Galos y de Germanos, acomodáronse perfectamente con el vino, las hecatombes y los bueyes gordos (56); déjose á las legiones de Oriente el lábaro, pero después de borrar el monograma en Cristo, y ocultóse la idolatría entre una confusión cobarde y hábilmente dispuesta de los emblemas de la guerra y de la dignidad real.

El emperador resolvió reconstruir el templo de Jerusalén, con el objeto de dejar burlada una profecía en que se apoyaban los cristianos; pero saliendo del seno de la tierra globos de fuego, dispersaron á los obreros. Abandonóse la empresa (57), que era poco digna de un espíritu filosófico. Último testigo del cumplimiento de la palabra del Señor, he visto á Jerusalén: *Non relinquetur lapis super lapidem.*

Finalmente, Juliano prohibió á los fieles enseñar la literatura: por los niños principalmente penetraba el Evangelio en el corazón de los padres. «Dejad que se acerquen á mí los párvulos!»—«O no expliquéis, decía el emperador en su edicto, á los escritores profanos si condenais su doctrina; ó si los explicais, aprobad sus sentimientos. Creéis que Homero, Hesíodo y sus iguales profesan el error: explicad, pues, á Mateo y á Lucas en las iglesias de los galileos (58).»

Los maestros cristianos privados de las cátedras de elocuencia y de literatura, recurrieron á un medio ingenioso para probar que no eran unos zafios, que se vieses obligados á permanecer en la barbarie de su origen como decía Juliano. Compusieron (y continuó la costumbre) sobre temas de moral y teología, y sobre asuntos sacados de la Historia Santa, himnos, idilios, elegías, odas, tragedias y aun comedias. Nos han quedado muchos de aquellos poemas, que abren nuevas sendas al talento, aplican el arte de versificar á las asperezas de la alta metafísica, y acomodan la lengua de las Musas á las formas de las ideas, del mismo modo que se había plegado en todos tiempos á las de las imágenes (59).

Este golpe fue sin embargo muy duro para los cristianos; los grandes ingenios que combatían entonces por la fe, hubieran preferido sufrir una persecución sangrienta: no pueden guardar silencio, hablan sin cesar de esta iniquidad, y como el siglo en medio de los bárbaros armados era filosófico y literario, ni aun los mismos paganos aplaudieron la orden de Juliano; y Ammiano la trató de injusta (60).

Las controversias religiosas ó políticas principian generalmente por los escritos y terminan por las armas; no sucedió así durante la revolución que ofreció el primero y único ejemplo de una variación completa en la religión nacional de un gran pueblo civilizado. Asesinaron desde luego á los cristianos en diez batallas ordenadas, las diez persecuciones generales, y los cristianos entregaron su cabeza sin procurar defenderse por la fuerza; pero reconocieron desde el principio

la necesidad de escribir para demostrar su inocencia y asegurar su fe. Al Cristianismo se debe la libertad del pensamiento escrito, que tan cara costó á los que la conquistaron, pues desdeñaronse primero los hombres de responder á ella de otro modo que con los garfios de hierro y las garras de los leones. Cuando el Evangelio hubo ganado las voluntades de la muchedumbre, el politeísmo, obligado á renunciar á la guerra de la espada, aceptó la de la pluma, y la idolatría se refugió en los dos extremos opuestos de la sociedad, en los ignorantes y los literatos. Los filósofos, los retóricos, los poetas y los gramáticos sostuvieron vigorosamente el paganismo con los hombres rústicos: los primeros por el orgullo de la ciencia, y los segundos por la privación de todo saber. Desde el siglo III de la era cristiana hasta la abolición completa de la idolatría, no puede abrirse un libro de filosofía, de religión, de ciencias, de historia, de elocuencia ó poesía, sin hallar en él el combate de ambas religiones. En el reinado de Juliano encontramos á Libanio, Edesio, Prisco, Máximo y Sopatro, oradores y sofistas; Andrónico y Delfidas, poetas; Ammiano-Marcelino y Aurelio-Victor, historiadores; Mamertino, panegirista; Orígenes, médico: y al mismo Juliano, orador, poeta é historiador; combatiendo todos contra Atanasio, Basilio, los dos Gregorios, el de Niza y el Nazianceno, Diodoro de Tárasis, oradores, filósofos, poetas é historiadores; Cesario, médico y hermano de Gregorio el Nazianceno, y Proheresio, retórico, que prefirió abandonar su cátedra de Atenas á ser exceptuado del edicto que prohibía á los cristianos la enseñanza.

Juliano preludeó las persecuciones que meditaba con una especie de apología del paganismo; porque pintando la inocencia de sus dioses, y condenando al Dios á quien había abandonado, justificaba indirectamente su apostasía. En medio de los cuidados que exigía de su parte el imperio, tuvo tiempo para dictar la obra de que San Cirilo nos ha conservado una parte en la refutación que de ella hizo.

Juliano se remonta al tiempo de Moisés; compara su sistema de la creación del mundo al de Platon, y da la preferencia al postrero.

Dios, despues de haber hecho al hombre, dijo: «no es conveniente que el hombre viva solo;» y crió á la mujer que perdió al hombre.

¿Qué pensamos de la serpiente que habló? ¿En qué lengua hablaba? ¿Y cómo despues de haber visto esta podremos burlarnos de las fábulas populares de la Grecia?

Dios prohibió á nuestros primeros padres el conocimiento del bien y del mal; vedóles que tocasen el árbol de la vida, temiendo que lograsen vivir siempre: blasfemia es esta contra Dios, ó alegoría. ¿Entonces por qué hemos de desechar los mitos de los filósofos?

Dios eligió por pueblo suyo á los hebreos: ¿y como un Dios justo pudo abandonar á todas las demás naciones? Entre los griegos el Dios criador es el rey y el padre comun de los hombres.

Juliano observa que existen pocas naciones en Occidente que sean propias para el estudio de la filosofía y de la geometría: mucho han cambiado los tiempos.

Queréis dar fe á los gigantes de Homero, que hacinaron tres montañas una sobre otra para escalar el cielo! El Decálogo no contiene sino preceptos vulgares: el Dios de los Hebreos es un Dios zeloso que no sufre otro; y vosotros, ¡oh Galileos! dais á ese Dios un Hijo supuesto que nunca conoció.

¿Quién es ese Dios siempre irritado, que queriendo castigar á algunos hombres culpables hace perecer á cien mil inocentes? (61) Comparad el legislador de los Hebreos con los legisladores de Grecia y de Roma, con los grandes hombres de Egipto y de Babilonia.

¿Quién es ese Jesús, corruptor de los mas viles Judíos, y á quien no se conoce sino de trescientos años á esta parte; ese Jesús, que nada hizo en el trascurso de su vida sino curar á varios cojos y á algunos endemoniados? Esculapio es muy distinto salvador de la humanidad.

La inspiración divina enviada por los dioses, no tiene sino una época, y los oráculos famosos cesan con la revolución de los siglos.

Los Galileos no han tomado de los Hebreos sino su furor y su odio contra la especie humana: han renunciado al culto de un solo Dios para adorar á hombres miserables; y como la sanguiniela han chupado la sangre mas corrompida de los Judíos dejándoles la mas pura.

Jesús y Pablo no pudieron prever las quimeras que formarían algun día los Galileos, ni adivinar el grado de poder á que lograrían encumbrarse estos andando el tiempo. Pablo y Jesús no tenían mas pretensión que engañar á algunas criadas y esclavos ignorantes.

¿Pueden citarse en el reinado de Tiberio y de Claudio, cristianos distinguidos por su cuna ó por su mérito?

El agua del bautismo no quita la lepra ni el empeño, ni cura la gota ni la disentería; pero borra el adulterio, la rapiña, y limpia el alma de todos los vicios.

Si el Verbo es Dios, viniendo de Dios ¿cómo María, mujer mortal, ha dado á luz un Dios?

Ni Pablo, ni Mateo, ni Lucas, ni Marcos osaron decir que Jesús fue un Dios; pero cuando en Italia y Grecia un gran número de personas le hubieron reconocido por tal, y principiaron á venerar los sepulcros de Pedro y de Pablo, entonces Juan declaró que el Verbo se había hecho carne y habitado entre nosotros. Sin embargo, cuando nombra á Dios y al Verbo, no nombra á Jesús ni á Cristo. Juan debe ser considerado como el origen de todos los males.

Siguen despues de esto algunas consideraciones sobre el sacrificio de Abraham.

Muchas cosas deben admirarnos en esta obra trunca de Juliano. Confiéranse en ella los milagros de Jesucristo, reconócense los homenajes tributados á las tumbas de San Pedro y de San Pablo, y testificase el silencio de los oráculos, añadiendo que San Juan es el manantial de todos los males. Lo cual significa que anunció la doctrina del Verbo, y que no existe medio de sostener que esta doctrina establecida por el discípulo muy amado, se tomó dos siglos mas tarde de la escuela de Alejandría: por lo demás el ataque es flojo.

Juliano cierra los ojos para no ver los rasgos sublimes de los libros de Moisés, ni lo inefable del Evangelio, y sus raciocinios realzan aun la gloria que pretende rebajar. ¿Cómo es que en el reinado de Claudio y de Tiberio, en el nacimiento mismo de la era cristiana, contaba apenas el Cristianismo por neófitos á algunos criados y esclavos, y que casi en seguida vió el apóstol Juan la Grecia y la Italia cubiertas de cristianos, y venerando los sepulcros de Pedro y de Pablo? Juliano no conoce que con esta relacion suministra nueva fuerza al milagro del establecimiento del Cristianismo. La causa humana de la propagación sorprendente de la fe, es que la primera de todas las verdades, la verdad que engendra todas las demás, la verdad de la unidad de Dios, había venido á destornar á la primera de todas las mentiras, á la mentira que engendra todos los errores, á la mentira de la pluralidad de los dioses. Una vez divulgada esta verdad entre la muchedumbre, despues de una ausencia de muchos miles de años, obró en los ánimos con su energía esencial y nativa.

Juliano, perseguidor de nueva especie, afectó sustituir al nombre de cristiano el de galileo, que habían

empleado ya Epicteto y algunos heresiarcas. Uniendo la burla á la injusticia, despojaba de sus propiedades á los discípulos del Evangelio, diciendo: «Su ley admirable les prescribe que renuncien á los bienes de la tierra para llegar al reino de los cielos; y nosotros deseando facilitarles graciosamente el viaje, mandamos que se les alivie del peso de todos sus bienes.» Cuando los cristianos osaban quejarse, respondían: «La vocación de un cristiano ¿no es acaso padecer?»

Habíanse destruido muchos edificios paganos en el reinado de Constancio, y otros habían sido convertidos en iglesias: Juliano obligó al clero á restituir estos, y á reedificar aquellos, y siendo atacados los intereses adquiridos, produjeron desórdenes. Marcos, obispo de Aretusa, á la cabeza de su grey había derribado un templo; y como era harto pobre para poder restituir su valor, prendieron al prelado en virtud de la ley romana que entrega á los acreedores la persona del deudor insolvente. Despues de haberle azotado con varas y arrancado la barba, frotaron su cuerpo desnudo con miel, y colgando al anciano envuelto en una red, le expusieron á los rayos de un sol ardiente á la picadura de las moscas. Marcos había libertado á Juliano en su niñez de los furores de Constancio, como Joad había sustraído á Joas de las manos de Atalía; y vióse tratado del mismo modo que Joad por el príncipe, ingrato con el gran sacerdote é infiel á Dios que lo habían salvado.

Decidido á volver al templo y al bosque de Dafne su antigua pompa, mandó Juliano quitar las reliquias de San Babilas del cementerio cristiano: el pueblo se amotinó, y prendió fuego al templo de Apolo. El emperador irritado ordenó á su tío Juliano, Conde de Oriente y apóstata como el sobrino, que cerrase la catedral de Antioquia y confiscase sus rentas. El Conde puso entredicho á las demás iglesias, mancilló los vasos sagrados; y condenó ó muerte á San Teodoro, Gaza, Ascalon, Cesárea, Heliópolis y la mayor parte de las ciudades de Syria se levantaron contra los cristianos, no por ardimiento religioso, sino por avaricia, odio y envidia. Despues de haber desenterrado á los muertos, asesinaron á los vivos y arrastraron por las calles los cadáveres despedazados: los cocineros horadaban las víctimas con asadores, las mujeres con sus ruecas; y las entrañas de los sacerdotes y de las reclusas fueron devoradas por aquellos antropófagos, ó arrojadas á los cerdos mezcladas con cebada. Varios adoradores de Jesucristo perecieron degollados sobre las aras de los dioses (62). Pero hay una cosa muy difícil de creer, no obstante el testimonio de dos santos y de dos hombres ilustres (63): que el fondo del Oronto, varias pozos, cuevas, zanjas y estanques se viesan cegados al decir de los autores referidos, por los cuerpos de los mártires decapitados durante la noche, ó por los de los recién-nacidos y de las vírgenes á quienes el emperador inmolaba en sus operaciones mágicas. Habíase acusado á los primeros cristianos de sacrificar niños: devolvíase entonces la calumnia á Juliano.

Teodoreto refiere, que dirigiéndose Juliano á Persia, llegó á Carrhes donde tenía un templo Diana: encerróse en este templo con sus confidentes mas íntimos, y cuando salió mandó sellar las puertas, colocó en ellas una guardia, y prohibió que nadie penetrase en el interior del edificio hasta su vuelta, que nunca se verificó. — Volvieron pues á abrir el templo, ¿y qué encontraron? una mujer colgada de los cabellos, con las manos desplegadas y el vientre abierto. Juliano escurriéndose el porvenir en el seno de la víctima, había llamado á la muerte que le aguardó allí con su guadaña. (64).

El sincero fanatismo de este príncipe, y la familiaridad de los Romanos con el asesinato autorizado por el antiguo derecho paterno; el derecho de la esclavitud, el poder de la espada, y el del juez soberano; n

el gefe absoluto del imperio, hacen verosímil la narración de Teodoreto: Ammiano, admirador de Juliano, le acusa de haber sido mas supersticioso que religioso. Augusto y Claudio habían prohibido los sacrificios humanos; pero en la legislación del despotismo, lo que se prohíbe al pueblo se consiente al tirano: el príncipe que crea el crimen, que hace la ley y la aplica, es superior al uno y á la otra.

Juliano meditaba contra los cristianos un plan de persecución digno de un sofista, y había aplazado su ejecución hasta su regreso de la guerra de los Persas, porque necesitaba un triunfo para cubrir la injusticia con la gloria. Exclusion de los Galileos de todos los destinos, prohibición de los tribunales, necesidad de ofrecer incienso á los ídolos para conservar el derecho de litigar, y hasta de comprar el pan (65): tal era el designio que el odio filosófico, la envidia literaria y el amor propio mortificado habían inspirado al apóstata. Es un rasgo característico de la historia del pueblo que nos ocupa esa privación de la justicia ordenada siempre como la pena mas terrible que puede imponerse á un ciudadano. La sociedad en esta nación de maestros estaba penetrada de la ley é incorporada a ella: los fastos del imperio eran una colección extensa de jurisprudencia, y el mundo romano un gran tribunal.

Juliano reinó veinte meses y diez y seis ó veinte y tres días despues de la muerte de Constancio. Ensobrecido con sus triunfos contra los Francos, envanecido con los embajadores que recibía de los pueblos mas remotos, como los de Trapobana; no quiso admitir la paz que le ofrecía Sapor. Este rey de los reyes, que se había adornado con la tiara hasta en la noche del seno maternal, este hermano del sol y de la luna (66), perseguía con encarnizamiento á los cristianos, tal vez por animosidad contra su hermano mayor, cuyo trono había usurpado, Hormidas el desterrado y el cristiano, y el número de las víctimas inmoladas en los Estados de Sapor se ha evaluado en doscientas noventa mil. El que quería destruir á los discípulos del Evangelio por medio de la ley, y el que los entregaba á la espada, iban á venir á las manos: la Providencia armaba al apóstata contra el perseguidor. Juliano se creía tan seguro de la victoria que rehusó la alianza de los Sarracenos; trató con altanería á Arsaces, rey de Armenia, cuya asistencia reclamaba sin embargo, aunque Arsaces profesaba el Cristianismo. Había reinado en Antioquia una hambre espantosa acrecentada por una medida falsa sobre los granos, y el acunamiento de un ejército numeroso aumentó esta calamidad. Una fuerza invisible parecía impulsar á Juliano; y en una empresa militar de tan alta importancia no brillaban ni se daban á conocer sus acostumbrados talentos. Habíase desdeñado de atacar á los Godos, porque le lisonjeaba la idea de conquistar la Persia como Alejandro, y solo consiguió la gloria de morir en ella como Sócrates: esclavo siempre de sus recuerdos, sus acciones mas nobles no parecían mas que imitaciones elevadas. Enlazaba á esta esperada conquista grandes proyectos sobre el imperio, y principalmente contra la cruz: el hombre, en sus insensatos proyectos olvida contar la hora que no ha de oír sonar. Juliano penetró en el país enemigo, y cual si temiese que su filosofía hiciera sospechoso su arrojo, se exponía á los peligros sin miramiento. Dejéese engañar por algunos trásfugas, incendió su flota en el Tigris, y dudó acerca del camino que debía tomar, porque quería ver la llanura de Arbela: no tardó en verse falto de víveres, hostigado por la caballería Persa, y obligado á emprender la retirada. Próximo ya á sucumbir con su ejército, consagraba todavía al estudio y á la contemplación las horas mas silenciosas de la noche. Hallándose en una de estas horas solitarias leyendo ó escribiendo en su tienda, se le apareció el genio del imperio, á quien había visto ya en Lutecia, antes de